

EL NACIMIENTO DE UNA NACIÓN

Antonio Lastra

(Comentario a *The American Nation. Primary Sources*, edited by Bruce Frohnen, Liberty Fund, Indianapolis, 2008, 589 págs.)

The founder thou! these are thy race!
EMERSON, 'Experience'

“Nación” es uno de los conceptos más controvertidos y, al mismo tiempo, naturales en toda la historia de las ideas políticas. Por su etimología, se refiere al nacimiento y, en consecuencia, a la generación, transmisión y variación de formas o contenidos de vida previos. Empezar significa, por tanto, volver a empezar, y la necesidad de que cada nuevo inicio se vincule lo antes posible a lo establecido advierte de la amenaza permanente de su desaparición. En términos políticos, nación es menos un término de renovación que de conservación; en términos biopolíticos, es una palabra de orden o de paternidad. Que nadie elige nacer tiene su equivalente en la decisión de engendrar o dar a luz: con esta perspectiva, la nación es previa al nacimiento como la comunidad lo es al individuo. Sería difícil decir quién es el inventor del juego, por emplear una metáfora emersoniana, y lo es aún más al aplicar el término a los Estados Unidos de América —que nacieron siendo ya modernos—, como hace Bruce Frohnen en su monumental recopilación de las fuentes primordiales de lo que llama *The American Nation*.¹

“La Constitución no hace referencia alguna a la nación al tratar de las enmiendas,” escribió el historiador Henry Adams, y añadía: “La palabra misma era desconocida para la Constitución, que invariablemente hablaba de *Unión* cuando se necesitaba una expresión semejante”.² El contexto de Adams era la serie de dificultades constitucionales por las que atravesó la administración del presidente Thomas Jefferson a propósito de la compra de Luisiana, que ampliaría la extensión de los Estados Unidos hacia territorios ya colonizados, y de una supuesta posibilidad de “apelar a la nación” (*appeal to the nation*, una frase que Jefferson subrayaría en la información que tuvo que manejar). En opinión de Adams, el lenguaje que Jefferson usaba era el lenguaje de la centralización, “y él mismo y su partido lo habrían rechazado en 1798 y lo rechazarían en 1820”. En 1798, durante la administración del presidente John Adams, el Congreso adoptó una serie de medidas sobre los extranjeros y la traición. Los conocidos como *Alien and Sedition Acts* endurecían las condiciones para la nacionalización o naturalización de los inmigrantes y

¹ *The American Nation. Primary Sources*, edited by Bruce Frohnen, Liberty Fund, Indianapolis, 2008, 589 pp. (Citaré por AN y número de página.)

² HENRY ADAMS, *History of the United States during the Administrations of Thomas Jefferson*, edited by Earl N. Harbert, The Library of America, New York, 1986, pp. 359-360.

aumentaban la capacidad del poder ejecutivo para expulsar o encarcelar a extranjeros sospechosos en época de guerra, además de establecer castigos para quienes se opusieran al cumplimiento de las leyes federales o publicaran *false, scandalous, and malicious writing* en contra del gobierno federal, el presidente o el Congreso. Como presidente, Jefferson derogaría esas medidas en 1802, apoyándose, sobre todo, en la Primera Enmienda, pero, en secreto, se había opuesto a ellas desde el principio y, con el apoyo de James Madison —entonces portavoz en la Cámara de Representantes, donde dirigía oficialmente la oposición—, había logrado que las cámaras legislativas de Kentucky y Virginia emitieran sendas resoluciones en su contra, alegando que los Decretos de Extranjería y Sedición eran “inconstitucionales” y afirmando el derecho de los Estados a corroborar la constitucionalidad de los decretos del Congreso. El argumento de Jefferson, en la oposición, consistía en negar que el gobierno federal pudiera erigirse en juez de sus propios poderes, de acuerdo con la Décima Enmienda de la Constitución: “Los Estados respectivos, o el pueblo, se reservan aquellos poderes que la Constitución no haya delegado a los Estados Unidos ni prohibido a los Estados”. La disputa sobre si los Estados que habían forjado la Constitución eran originalmente o seguían siendo “soberanos e independientes” perduraría hasta la Guerra Civil y se transformaría en la doctrina de la “anulación” (*nullification*), con la que los Estados del sur tratarían de proteger la “peculiar institución” de la esclavitud. Los documentos que Jefferson había preparado clandestinamente se harían públicos tras su muerte, en 1832, y abonarían la defensa del “derecho natural” de los Estados.³

En 1818, el Territorio de Missouri presentó su solicitud de admisión como nuevo Estado de la Unión. La constitución estatal permitía la práctica de la esclavitud en el territorio, por lo que su inclusión alteraba el frágil equilibrio entre los Estados, divididos a la sazón entre esclavistas y antiesclavistas. Lo que se conocería como Compromiso de Missouri, al que se llegó en 1820 sólo cuando Maine se incorporó también a la Unión y compensó la sección antiesclavista, impedía de hecho la extensión de la esclavitud. Jefferson y Madison, retirados entonces de la política activa, en la que, sin embargo, seguían ejerciendo una influencia considerable, verían con sorpresa “las doctrinas y deliberaciones que la cuestión de Missouri” suscitaría y temieron, con razón, que pusiera en peligro el edificio constitucional, precisamente porque, como ellos mismos sabían mejor que nadie, “la cuestión de Missouri”

³ Véase *The Debate on the Constitution. Federalist and Antifederalist Speeches, Articles, and Letters During the Struggle over Ratification*, edited by Bernard Bailyn, The Library of America, New York, 1993, vol. 1, pp. 1109-1111. Lord Acton fue, probablemente, el intérprete más radical del significado de la Guerra Civil: “La espuria libertad de los Estados Unidos es dos veces maldita, porque engaña a quienes atrae y a quienes repele. Al exhibir el espectáculo de un pueblo que exige ser libre, pero cuyo amor por la libertad significa odio a la desigualdad, recelo a las limitaciones de poder y confianza en el Estado como instrumento para moldear y controlar la sociedad, convoca a sus admiradores a odiar la aristocracia y enseña a sus adversarios a temer al pueblo. El norte ha usado las doctrinas de la democracia para destruir el autogobierno. El sur ha aplicado el principio de la federación condicional para curar los males y corregir los errores de una falsa interpretación de la democracia” (‘The Civil War in America: Its Place in History’, en *Selected Writings of Lord Acton*, edited by J. Rufus Fears, Liberty Fund, Indianapolis, 1985, vol. I, p. 278; cf. también sus ‘Reports on the Civil War in America’ y la ‘Acton-Lee Correspondence’, pp. 280-367).

estaba planteada en términos jeffersonianos y madisonianos, opuestos al lenguaje de la centralización. Unión y libertad sería el lema de John Calhoun.

Tanto los debates sobre los Decretos de Extranjería y Sedición como el Compromiso de Missouri forman parte de las fuentes primordiales que Bruce Frohnen había incluido en *The American Republic*, el volumen precedente a *The American Nation*, en el que ya había toda una sección dedicada a “forjar una nación”, cuyas entradas sobre el Banco Nacional y la asignación del “poder del comercio” al Congreso, o el debate entre los senadores Webster y Haynes sobre los derechos de los Estados y la consolidación del gobierno federal, marcaban el tono.⁴ De acuerdo con Henry Adams —heredero de una tradición de independencia puritana ligada a la Unión y la centralización—, ni Jefferson ni el Congreso tenían legitimidad para apelar a la nación, “salvo como una nación de Estados”. El nacimiento de la nación americana dependería, en última instancia, de la guerra. “Nación” es un término tan indisoluble del nacimiento como de la muerte violenta. Con los debates entre un casi desconocido aspirante a senador llamado Abraham Lincoln y el senador Stephen Douglas en 1858, cuyo motivo era la derogación del Compromiso de Missouri y —en opinión de Lincoln— la necesidad de su restauración, concluía *The American Republic*.

The American Nation, por su parte, se divide en siete partes, que suman entre sí ciento treinta y dos documentos, y abarca cronológicamente el periodo comprendido entre 1860 —cuando el senador Crittenden trató de añadir lo esencial del Compromiso de Missouri como enmienda a la Constitución— y 1941. *The American Nation* se sitúa entre la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. La primera parte, ‘The Civil War’, se extiende hasta la rendición del general Robert E. Lee e incluye, fundamentalmente, los documentos estatales que trataban de explicar las causas de la secesión y la propia Constitución de los Estados Confederados de América, así como los principales discursos y proclamaciones del presidente Lincoln. La escritura constitucional de Lincoln bastaría, por sí sola, para justificar el empleo de la palabra “nación”, que hasta entonces había tenido un uso genérico (cf. AN 10, 11, 15) e indiferenciado (por ejemplo, en boca del presidente confederado Jefferson Davis). La argumentación de Lincoln se basaba en dos premisas indiscutibles, que expondría en su primer discurso inaugural como presidente: la Unión era mucho más antigua que la propia Constitución (AN 35) y la esencia de la secesión no era otra cosa que la anarquía (AN 37). En opinión de Lincoln, “nación” era sinónimo de Unión (*national Union*, AN 40; *federal Union*, AN 44). Una lectura atenta de su modo de escribir descubriría que su insistencia en la palabra se correspondía con la omisión del término “esclavitud” en la Constitución y, sobre todo, con la omisión del término “soberanía”: “Esa palabra [*i. e., sovereignty*] no está en la Constitución nacional” (AN 44). Al mismo tiempo, despejaba el terreno para la discusión sobre la cuestión del “poder

⁴ Véase *The American Republic. Primary Sources*, edited by Bruce Frohnen, Liberty Fund, Indianapolis, 2002. La séptima parte, donde se incluyen los decretos de Extranjería y Sedición, lleva por título ‘State Versus Federal Authority’; el de la novena, donde se incluye el Compromiso de Missouri, es ‘Prelude to War’. ‘Forging a Nation’ es la sección intermedia. Cf. las cartas de Thomas Jefferson a John Holmes de 22 de abril de 1820 y de James Madison a James Monroe de 10 de febrero de 1820.

nacional” (AN 45). En comparación con el poder que los Decretos de Extranjería y Sedición habían depositado en manos del ejecutivo, el poder de Lincoln sería el mayor que un gobernante había tenido en los países de habla inglesa desde Cromwell, como pondría de relieve la suspensión del *habeas corpus* en 1863 (AN 48). Semejante concentración del poder transformaría el carácter del presidente y obligaría a adoptar un lenguaje constitucional distinto tras la guerra. En el célebre Discurso de Gettysburg, “nación” es, con diferencia, la palabra más usada: Lincoln la repetiría en cinco ocasiones en un discurso que consta de doscientas setenta y una palabras; por comparación, “pueblo” (*people*) se repite tres veces, “libertad” dos (en distinta forma, “Liberty” y “freedom”) y “Dios” una. “Vivos” o “vida” y “muertos” guardan un precario equilibrio. Lincoln habla, con toda precisión, de “un nuevo nacimiento” (*a new birth*). La Declaración de Independencia había autorizado a Jefferson a creer que los muertos no tenían derechos; la Guerra Civil convertiría a los vivos en deudores.

La segunda parte comprende la Reconstrucción, un término forjado por Lincoln durante la guerra (la primera fuente recogida en esta sección es la Proclamación de Amnistía y Reconstrucción de 1863), que acabaría dando nombre a toda una época de la historia americana que se extiende hasta 1890. Durante todo el periodo, el lenguaje empleado tendría un marcado acento jurídico y, en parte para contrapesar el poder ejecutivo acumulado, se expresaría en las enmiendas posteriores a la Guerra Civil con la fórmula “The Congress shall have power...” (AN 91, 135, 136). (El Compromiso Crittenden de 1860 decía textualmente que “el Congreso no tendrá poder...”, AN 4.) El papel desempeñado por el sucesor de Lincoln, Andrew Johnson, y la incoación del primer *impeachment* de la historia constitucional americana, oscurecen considerablemente la legislación incipiente sobre los derechos civiles y la progresiva consolidación de un gobierno general. En el discurso inaugural del presidente Rutherford B. Hayes en 1877, el uso del término “nación” ya se ha normalizado, de modo que el foco de atención se desplaza hacia el desarrollo y la expresión del poder judicial. La inclusión de la opinión discrepante del juez John Marshall Harlan en las causas de derechos civiles permite que la escritura constitucional haga de la disensión institucional uno de los factores más importantes en la historia de la nación americana. Es característico de este formidable *dissenter* que su argumentación se remonte a la autoridad del primer presidente del Tribunal Supremo para fijar la naturaleza real de la *national legislature* (AN 183), en una convincente exposición de la teoría de la separación de poderes.

La tercera parte comprende la “consolidación de los mercados”, entre la *Homestead Act* de 1862 —que se mantendría en vigor hasta 1976— y la sentencia sobre el caso *Lochner v. New York* (1905), que recogía las opiniones discrepantes de los jueces Harlan y Oliver Wendell Holmes. Jefferson había legado a la economía política americana la doctrina de que los principios sociales a uno y otro lado del océano eran radicalmente distintos, y durante toda la Reconstrucción una superestructura ideológica, que hoy identificaríamos con el capitalismo (la *Social Statics* o el *laissez faire* en la jerga de la época), recubriría la escritura constitucional. “Una constitución, sin embargo —diría el juez Holmes—, no tiene la intención de incorporar una teoría

económica en particular” (AN 233). *El evangelio de la riqueza* (1889) de Andrew Carnegie se enfrentaría, de este modo, al ‘Discurso de la Cruz de Oro’ de William Jennings Bryan (1896), en lo que para Holmes era el propósito esencial de una constitución forjada para “un pueblo cuyas opiniones difieren sustancialmente”. La acepción de “nación” en Bryan o en el presidente William McKinley había adquirido, mientras tanto, una fuerte carga nacionalista (AN 215, 218).

La cuarta parte comprende, en paralelo a la consolidación de los mercados, la consolidación de la “cultura”. “La palabra de ambición en nuestros días —escribió Emerson, sobre cuya omisión en *The American Nation* volveré al final— es cultura.” En opinión del principal pensador americano, la cultura corregiría la teoría del éxito en un mundo que iba en busca del poder y de la riqueza como medio del poder. Para Frohnen, la cultura tiene que ver con la educación (cf. el informe sobre la Junta de Educación de Massachusetts de Horace Mann, AN 238) y con la raza (el acceso de la población negra emancipada a la cultura o el reconocimiento de la población india, AN 256 ss.), con la libertad religiosa (AN 287 ss.) y con la política de inmigración (AN 298 ss.) La consolidación de la cultura exigía la “nacionalidad” (AN 304). En otra de las opiniones discrepantes del juez Harlan recogidas por Frohnen se reconoce sin ambages a aquellos ciudadanos americanos (*i. e.*, la población de color) que “ahora constituyen una parte de la comunidad política a la que llamamos pueblo de los Estados Unidos” (AN 269). La sección concluye con un documento extraordinario, *I’ll Take My Stand*, elaborado en 1930 por “Doce sureños” (entre los cuales se encontraban figuras de la talla de John Crowe Ransom y Allen Tate), que preconizaba una vuelta a los valores agrícolas, en abierta oposición a la industrialización y el mundo financiero, para unos Estados Unidos inmersos entonces en la Gran Depresión. “Comunidad”, “sección”, “raza” o “época” (AN 319) son los términos que sustituyen a “nación” en una sociedad que favorece *the culture of the soil*. (La inclusión en este apartado del capítulo sobre ‘El campo de judías’ de *Walden* —la obra maestra del trascendentalismo americano— habría aportado a esta peculiar concepción de la ecología de la cultura una serie de interrogantes mucho menos ingenuos. Sólo el cielo sabe —decía Thoreau— por qué habríamos de cultivar el suelo o a nosotros mismos. Tal vez lo que lleguemos a aprender de las judías no sea tanto como lo que las judías aprendan de nosotros. La consolidación de la cultura, al contrario de lo que pensaban los nostálgicos agricultores de Nashville, no tiene tanto que ver con la solidaridad como con lo que Thoreau pensaba que era una economía de la vida como sinónimo de la filosofía.)

Los “Doce sureños” lamentaban que el genio político hubiera abandonado a un pueblo incapaz de sacudirse de encima un sistema político obsoleto. La quinta parte de *The American Nation* está dedicada a los movimientos reformistas, desde la Plataforma Populista que se reuniría el 4 de julio de 1892 en su primera convención nacional hasta los debates sobre el sufragio femenino y la Decimonovena Enmienda a la Constitución de 1920. Es característico del método de selección adoptado por Frohnen, que privilegia la sociedad por encima de la soledad —si de nuevo podemos recurrir a Emerson—, que sea en esta sección donde se incluya la única referencia explícita a la filosofía: la célebre conferencia segunda de *Pragmatismo*, en la

que William James enfatizaría la naturaleza democrática de un modo de pensar que, en cierto modo, era una consecuencia del trascendentalismo en su afán de zanjar disputas metafísicas que de otra manera serían interminables (AN 331 ss.). La paulatina aceptación de la naturaleza democrática de lo que, con una perspectiva clásica o conservadora, se había llamado “república” es la contribución más clara del sujeto constitucional (“nosotros, el pueblo”) a la teoría de la nación americana. Hasta qué punto el pragmatismo representa mejor que el socialismo o el activismo social el carácter democrático de la nación puede verse en los documentos de Eugene V. Debs y Jane Addams incluidos, así como la diferencia que, al respecto, supondría el Partido Progresista de Theodore Roosevelt (AN 339, 348, 360). Tal vez *The American Nation* habría podido registrar con más detalle la historia de los partidos políticos en los Estados Unidos, sometidos a una ley de hierro que les lleva a encarnar los valores más avanzados de un periodo y, casi sin transición, a traicionarlos: todos han sido sucesivamente republicanos y federalistas, por emplear la fórmula bipartidista de Jefferson que explica tanto las transformaciones del Partido Republicano de Lincoln o del Partido Demócrata de Franklin Delano Roosevelt como las de los partidos que han tratado de presentar una tercera opción al electorado. Hitos del reformismo americano serían las enmiendas que establecían la elección directa de los senadores o la ampliación del sufragio a las mujeres (AN 382, 396).

En paralelo a los movimientos reformistas, el gobierno federal se consolidaría durante la Reconstrucción y, sobre todo, tras la Gran Depresión (cf. el *Federal Emergency Relief Act* y el *National Industrial Recovery Act* que siguieron al primer discurso inaugural del presidente Roosevelt en 1933, AN 438-451). La sexta parte trata, precisamente, de esa consolidación, menor que la de los mercados y mayor que la de la cultura, e incluye documentos fundamentales, como el informe de Joseph B. Eastman sobre las comisiones independientes, que no ha perdido en la actualidad ni un ápice de su relieve: sin ellas se perderían aspectos cruciales del desarrollo de la experiencia en el manejo de los asuntos públicos. La necesidad de esas comisiones, independientes de cualquiera de las tres ramas del gobierno, provenía en parte de la posibilidad o la amenaza, implícita en toda apelación a la nación, de que la consolidación del gobierno general acabara significando la centralización del poder que Adams temía. La alocución radiofónica de Franklin Delano Roosevelt en 1937 sobre la reorganización del poder judicial, explícitamente dirigida a la “nación”, es, seguramente, la más valiosa de las fuentes reproducidas por Frohnen en esta sección. Los principales miembros del Partido Demócrata coincidirían con liberales estrictos como Friedrich Hayek en ver en esa charla una tergiversación en toda regla de la constitución de la libertad a favor del propósito de Roosevelt de “lograr que la democracia americana tenga éxito” (AN 471). La intención de Roosevelt era la de promulgar un decreto por el cual se crearían “tribunales federales dispuestos a hacer cumplir la Constitución como está escrita [*to enforce the Constitution as written*] y reacios a confirmar el poder legislativo suscribiendo [*writing into it*] sus propias opiniones políticas y económicas”. Roosevelt pedía a la nación que leyera una y otra vez la Constitución. Sin embargo, comparadas con la interpretación del ejecutivo, la voluntad del legislativo o la propia jurisprudencia del poder judicial, las opiniones discrepantes de los jueces del Tribunal Supremo, cualquiera que

haya sido su tendencia, han sido históricamente una garantía mayor de la escritura constitucional. La sentencia del Tribunal Supremo en el caso *National Labor Relations Board v. Jones & Laughlin Steel*, que daría la razón a la administración del presidente Roosevelt, fue en cierto modo la respuesta a su alocución (AN 472).

La séptima y última parte lleva por título 'America in the World'. Se remonta a la doctrina Monroe de 1823 y termina con el discurso de Roosevelt tras el ataque japonés a la flota americana en Pearl Harbor. En lo esencial, Frohnen aporta los elementos suficientes para esbozar una filosofía política de los asuntos internacionales, cuyas fronteras serían la Europa postnapoleónica y prehitleriana. Con la perspectiva de la guerra total emprendida por los generales de Lincoln, una interpretación posible de esa filosofía política sería que los Estados Unidos no difieren en ningún aspecto importante de los rasgos que la teoría del Estado reconocería fatalmente, en las primeras décadas del siglo XX, en los regímenes totalitarios. Hay algo ominoso, desde luego, en la opinión de Roosevelt de que "no podemos permitirnos dar vueltas en nuevos círculos de fútil discusión y debate, posponiendo siempre el día de la decisión" (AN 467). ¿Era esa *decision* sinónimo de *Entscheidung*? La guerra y la neutralidad, la decisión o el debate, libran en esta sección una lucha paradójica por la identidad de la nación. Documentos como la 'Nota de puertas abiertas' de John Hay adquieren, en la actualidad, un valor de lectura inicial en la época de las expectativas crecientes o las naciones emergentes que no logra sobreponerse, sin embargo, al interés que sigue suscitando la encarnizada oposición entre el presidente Woodrow Wilson y el senador Henry Cabot Lodge sobre la neutralidad y la Sociedad de Naciones, ni a los textos cruciales sobre el disenso y la libre expresión de las opiniones en época de guerra. El lenguaje de la centralización, esta vez empleado por Wilson, encontraría en el senador Robert La Foyette un adversario admirable, cuyos esfuerzos no fueron capaces de contrarrestar la voluntad del ejecutivo aliado con el judicial. En el caso *Schenk v. United States*, el juez Holmes habló en nombre del tribunal sin discrepar: "Cuando una nación está en guerra, muchas cosas que podrían decirse en tiempos de paz son un obstáculo a su propósito que no puede tolerarse mientras los hombres combaten, y ningún tribunal consideraría que están protegidas por un derecho constitucional" (AN 530). El discurso de los Catorce Puntos de Wilson o el de las Cuatro Libertades de Roosevelt han de ser leídos con la óptica de ese lenguaje, tras el cual aflora lentamente el problema de la "seguridad americana", que Roosevelt consideraría excepcional (*a moment unprecedented in the history of the Union*, AN 564).

The American Nation empieza con un documento del Congreso: el Compromiso Crittenden se expresaba como una resolución adoptada por "el Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América reunidos en el Congreso". La última de las fuentes recopiladas por Frohnen es, por el contrario, un texto dirigido por el presidente al Congreso. En el primer caso, la iniciativa le corresponde al legislativo; en el segundo, al legislativo sólo le corresponde atender a la petición del ejecutivo y declarar el estado de guerra. La última palabra del discurso de Roosevelt es *Empire*. Es casi inevitable proyectar la palabra sobre una posible continuación de *The American Republic* y *The American Nation* cuyo título sería, en efecto, *The American*

Empire. La nación quedaría comprendida, entonces, entre viejos conceptos políticos fundamentales, república e imperio. Las fuentes primordiales de ese futuro volumen incluirían decisiones terribles, como la de arrojar las dos bombas atómicas sobre Japón —en una clara refutación de la cuarta libertad que Roosevelt había preconizado—, y los documentos relativos a la formación de la Alianza Atlántica, los acuerdos de Bretton Woods, la Guerra Fría y las campañas anticomunistas, así como los que inmortalizarían la lucha por los derechos civiles. La inclusión de los discursos del presidente Barack Obama no podría ocultar que la guerra (Corea, Vietnam, Irak, Afganistán) no ha desaparecido del horizonte nacional ni del horizonte internacional: en el reciente discurso ante la Academia de West Point, Obama, tras argumentar que la nación que más le interesa edificar es la “nuestra”, apeló a “la fuente moral de la autoridad de América”: “Nuestros valores no son meras palabras escritas sobre un pergamino, sino un credo que nos convoca y que nos ha guiado, a través de la más oscura de las tormentas, como una sola nación, un solo pueblo [*as one nation, one people*]”. La escritura constitucional del presidente Obama es profundamente lincolniana.

Una lectura atenta de *The American Republic* y *The American Nation* no deja lugar a la sorpresa de lo que podría ser la lectura de los textos más recientes, pero, al mismo tiempo, ilustra sobre lo que podría ser la diferencia y la esperanza de la nación americana en un relato coherente de lo que empieza a ser el nuevo siglo. En este punto, el criterio de selección seguido por Frohnen manifiesta tanto su coherencia como sus limitaciones, al pasar por alto las expresiones más filosóficas y, en cierto modo, difíciles de clasificar, de lo que he llamado la escritura constitucional americana. La ausencia de Emerson es, en la práctica, inexplicable, tanto en su condición de hombre representativo de una literatura, como la americana, cuya aportación a la *Weltliteratur* ha recorrido todos los géneros hasta encontrar en la *environmental writing* una originalidad que se remonta a los escritos emersonianos sobre la naturaleza, como en su condición de testigo del desarrollo de lo que él mismo llamó “civilización americana”.⁵ Ese término, en cualquier caso, sería preferible a república, nación o imperio. Como Geldard y Stanley Cavell recuerdan, no querer escuchar a Emerson es un fracaso de la cultura americana.

⁵ Véase RICHARD G. GELDARD, *Emerson and the Dream of America. Finding Our Way to a New and Exceptional Age*, Larson Publications, Burdett (NY), 2010. La de Geldard es una de las primeras reflexiones filosóficas sobre el significado de la elección de Barack Obama (cf. pp. 51, 123, 145, 149). El capítulo 9 lleva por título ‘A Call to the Nation’.